



CUARTO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO*

“Ningún profeta es bien recibido en su patria”

Luis Fernando Crespo

No dejen de leer los Textos Bíblicos antes del Comentario

Lecturas: Jeremías 1,4-5.17-19; 1 Corintios 12,31-13, 13 Lucas 4, 21-30

Ahora regresa profundamente cambiado por la experiencia vivida en el Jordán como discípulo de Juan Bautista, de manera especial por la singular experiencia del bautismo donde había escuchado la voz de Dios: “Tu eres mi Hijo muy amado” Ante la sorpresa de sus vecinos que lo escuchan puede ratificar: “Esta Escritura que acaban de oír se ha cumplido hoy”. Más bien habrían de comenzar a cumplirse. Hasta ese momento Lucas sólo ha consignado sobre la actividad de Jesús, de manera muy general, que “iba enseñando en sus sinagogas, alabado por todos” (4,15). A continuación, se añade la reacción de la gente, sus paisanos de Nazaret: “daban testimonio de él y estaban admirados de las palabras llenas de gracia que salían de su boca”. Pero, la admiración parece convertirse repentinamente en recelo o desconfianza hacia la capacidad o preparación para enseñar de este paisano común, “el hijo de José”. Algunos expertos se inclinan a pensar que Lucas se estaría refiriendo acá a otra visita posterior de Jesús a Nazaret, como la narrada en el evangelio de Marcos (6,1-6). La gente se preguntaba: “¿De dónde le viene esto? ¿Y qué sabiduría es esta que le ha sido dada? ¿Y estos milagros hechos por sus manos? ¿No es éste el carpintero, el hijo de María...? Y se escandalizaban a causa de él”. Ahí radicaba el problema. No se puede creer en alguien de origen y condición tan humilde e insignificante.

Regresando al texto de Lucas, es Jesús quien reacciona, encarando de manera enérgica las objeciones y reclamos de sus paisanos: “Todo lo que hemos oído que ha sucedido en Cafarnaún, hazlo también aquí en tu patria”. En realidad, en el evangelio de Lucas aún no se había hablado nada de lo realizado en Cafarnaún, recién se aludirá un poco más adelante (4,31). Y les lanzó esta dura acusación: “En verdad les digo que ningún profeta es bien recibido en su patria”. Reclama ante ellos su condición de profeta y les enrostra su falta de fe, como ya había sucedido con los viejos profetas de Israel. Les recuerda cómo Elías y Eliseo hubieron de realizar sus signos con dos extranjeros, “la mujer viuda de Sarepta de Sidón”, región pagana, y con el leproso “Naamán, el sirio”,

* Ciclo C

también extranjero y pagano. Las palabras resultaban extremadamente duras y provocadoras. No es de extrañar la reacción: Todos los de la sinagoga se quedaron defraudados por su paisano, no recibieron de él los beneficios que podían esperarse de quien se decía que tenía tanto poder. Y, además, los acusa como responsables por su falta de fe. De Dios y de sus representantes se esperan beneficios tangibles, acciones formidables, que resuelvan problemas y consoliden privilegios. Esto manifiesta una concepción utilitaria de lo divino y de la religión que, a veces agazapada, mantiene una presencia sutil; otras veces más descarada en el desempeño de las religiones –incluida la comunidad eclesial –y de las personas que las representan.

Lucas anota la intención violenta –“para despeñarle”- de sus paisanos contra Jesús. El conflicto con la religión aparece presente desde el comienzo de su actividad. También lo indica Marcos, cuando al acoger a un paralítico con las palabras “tus pecados te son perdonados”, lo acusan de “blasfemo” (Mc. 2,7), precisamente la misma acusación con la que al final será condenado (Mc.14,64). Más allá de la anécdota, queda claro que el centro de lo que Jesús proclama con sus acciones y con su predicación radica en anunciar quién es verdaderamente Dios y en qué consiste creer en él. Es decir, un asunto religioso, pero no marginal; se trata de algo esencial en la vida de las personas, marca de manera fundamental la concepción que uno tiene de sí mismo y de la relación que establece con las demás personas. La religión no se agota en la esfera de lo privado, incide necesariamente en la esfera de lo social y de lo político. Por eso es tan importante atender con sentido crítico y teológico lo que se realiza bajo el manto de lo religioso.

El relato termina resaltando la personalidad de Jesús y su determinación de llevar adelante su misión: “Pero él, pasando por medio de ellos, se marchó”. Lucas había señalado antes del episodio en Nazaret que: “Iba enseñando en sus sinagogas, alabado por todos”. No son ni las alabanzas ni las amenazas las que determinan la voluntad de Jesús, más bien son su fuerza interior, su personalidad y la conciencia de su misión, las que guían con coherencia sus decisiones.

La primera lectura, tomada del profeta Jeremías, da testimonio de la vocación del profeta como origen y fundamento de su fortaleza para cumplir su misión. Profeta controvertido y amenazado a causa de su mensaje crítico con las decisiones de los poderosos, se siente firme y sostenido por la palabra del Dios que le ha llamado: “No desmayes ante ellos, que yo no te haré desmayar”. Con imágenes bien significativas, como “plaza fuerte”, “pilar de hierro”, “muralla de bronce”, Yahvé le asegura que podrá hacer frente a “los reyes de Judá como sus jefes, a sus sacerdotes, al pueblo de la tierra”. Su misión no le resultó fácil: “Te harán la guerra”; en ocasiones, agotado por tanta contradicción, se sintió desfallecer; su fidelidad se mantuvo, confiado en la promesa: “pues contigo estoy yo –oráculo de Yahvé- para salvarte”. En tiempo de Jesús se recordaba a los grandes profetas Elías, Eliseo, también a Isaías y Jeremías. La gente los tomó como referencia para explicarse e interpretar quién era Jesús, la fuerza profética de sus palabras y gestos, y quizá, sobre todo, su fidelidad en medio de la incomprensión y de la persecución. Cuando un día Jesús preguntó a los discípulos qué decía la gente

sobre él, le respondieron: “unos, que Elías; otros, que Jeremías o uno de los profetas” (Mt.16,14).

La segunda lectura nos recuerda un texto de Pablo muy conocido y comentado. A las tensiones, que al parecer se vivían en la comunidad de Corinto sobre la importancia de los diversos carismas y ministerios, Pablo responde que todos son valiosos y necesarios. Pero añade que va “a mostrarles un camino más excelente”: la caridad, el amor. Sin la caridad los demás carismas pueden resultar vacíos e inútiles. Hace de ella una descripción sumamente elogiosa: “no se alegra de la injusticia, se alegra con la verdad. Todo lo excusa... Todo lo espera. Todo lo soporta”. Si bien Pablo de manera directa se refiere a la vida de la comunidad -la caridad, el amor constituye el vínculo que sostiene vivos y unidos a los diversos miembros y sus carismas-, no es difícil comprender que es igualmente necesario en el ámbito de todas las relaciones humanas –pareja, familia, relaciones personales y sociales. En la encíclica “Fratelli tutti” el papa Francisco lo extiende a la “caridad social y política”.

Pablo concluye su elogio afirmando: “la caridad no acaba nunca”. La fe y la esperanza nos acompañan mientras vivimos. La caridad es definitiva. Hemos sido creados por amor y vivimos para ser amados y amar. La expresión en Pablo denota el amor gratuito por el que somos amados por el Padre como hijas e hijos, y nos capacita para amarnos como hermanas y hermanos. En el amor radica el sentido último, definitivo, de la existencia humana. Saberlo y vivirlo, disfrutarlo y compartirlo, constituye la clave de la felicidad o, como diría Jesús, de la salvación.